



HOMILÍA EN LA SOLEMNIDAD DEL CUERPO Y LA SANGRE DEL SEÑOR S. IGLESIA CATEDRAL

17 de junio de 2009

Exmo. Cabildo Catedral.

Ilma. Sra. Alcaldesa.

Ilmos Sres. Representantes de Instituciones diocesanas: culturales y religiosas.

Queridos sacerdotes, religiosos/as, hermanos todos:

Celebramos hoy el misterio de la Eucaristía. La Eucaristía es la presencia en la memoria de la Iglesia del amor del Padre que ***“tanto amó al mundo que nos dio a su propio Hijo”***.

Sacramento del sacrificio de Cristo

La Eucaristía guarda la memoria del drama del Calvario. Es el sacramento del sacrificio de Cristo. Hace presente el sacrificio de la cruz. No añade nada a dicho sacrificio. Cuando celebramos la Eucaristía no es un mero recuerdo; no repetimos, sino que se actualiza para cada uno de nosotros.

A través de los dones consagrados se nos concede a cada uno estar presentes en el acontecimiento central de nuestra salvación. Celebrando la Eucaristía nos hacemos así contemporáneos del sacrificio de Cristo sobre la cruz, gloriosamente coronado por la Resurrección.

Cada vez que celebramos, por tanto, el Misterio Pascual de Jesucristo en la Sagrada Eucaristía se cumple la obra de nuestra redención; en ella se realiza la llamada a que participemos en la herencia eterna que el Padre nos ha prometido: el Don de su propio Hijo.

Por eso, el sacrificio de la cruz, en virtud de la gloriosa resurrección del Señor, es el don pleno y definitivo. En él se consuma la perfección absoluta del amor y de la entrega, sin el cual no es posible caminar -como nos dice el Salmo 23- ***“por el camino del amor”***.

Comida y bebida de salvación

La Eucaristía es comida y bebida, es la participación en el Cuerpo ofrecido en sacrificio y la Sangre derramada para el perdón de los pecados. Misteriosa y realmente nos hace disponer de Jesucristo. A través del pan y del vino, por el poder del Espíritu Santo, a cada uno de nosotros nos es dado participar en este Misterio. Es la caridad de Cristo que viene a hospedarse en nuestros corazones.

La Eucaristía es el alimento que sacia el hambre que todo hombre siente en su corazón; hambre de verdad y de amor. Y al igual que Cristo con los panes y los peces dio de comer a una multitud, también ese milagro se cumple -mucho más plenamente- en cada Eucaristía donde el Señor, a partir de nuestros dones pobres y corruptibles, nos permite introducirnos en la inmensidad de su amor, saciando así nuestra hambre y sed de plenitud y eternidad.

El gran error en el que podemos caer es pensar que el hombre puede ser saciado por los panes y los peces de sus propios bienes materiales finitos y limitados. Cristo el único que puede saciarnos. Es Él el que acogiendo nuestra pobre ofrenda la eleva introduciéndola en su propia vida.

Él prende el amor de un hombre y una mujer y lo eleva a sacramento. Él toma los panes y los peces de mi pobre persona y de la persona de nuestros sacerdotes y nos hace signo viviente de la mediación salvífica de su amor. Toma nuestros sufrimientos y los transforma en complemento ***“de lo que falta al sufrimiento de Cristo por Iglesia, que es su Cuerpo”***.

Toma nuestro humano morir y lo transforma en el ingreso de la vida eterna.

“Nos hiciste, Señor, para Ti -nos dejó dicho San Agustín- y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en Ti”.

Presencia del Señor y Pan de los fuertes

La Eucaristía nos da a Cristo en el tiempo. La Eucaristía es un misterio de Presencia: es el centro y corazón de la Iglesia, por ser el sacramento de la Presencia de Cristo, fuente y cumbre de toda la vida cristiana.

“Partió el pan y se lo dio”. El relato de la Última Cena siempre es conmovedor. Y más cuando lo escuchamos en la fiesta solemne del Corpus Christi. ***“Frágil”*** es lo que con facilidad se hace pedazos. Y la imagen evangélica que contemplamos es la del Señor que ***“se hace pedacitos”***... de pan y se nos entrega como Don de vida y salvación.

En el pan partido -frágil- se esconde el secreto de la vida: ¡para darse entero tiene que partirse!. En la Eucaristía la fragilidad es fortaleza. Fortaleza del amor que se hace débil para poder ser recibido. Fortaleza del amor que se parte para alimentar y dar la vida. Fortaleza del amor que se fragmenta para compartirse solidariamente.

¡Jesús partiendo el pan con sus manos! ¡Jesús dándose en la Eucaristía!

Al Señor que se hace pedazos para darse entero a cada uno le pedimos que nos reconstruya como personas, como Iglesia y como sociedad.

Corpus: Día de la Caridad

La Eucaristía, es la escuela donde aprendemos a ser hermanos y solidarios; en ella Dios se hace solidario con los hombres, se hace alimento, para acompañar y consolar nuestro caminar.

El lema de este año ***“He visto la aflicción de mi pueblo, he escuchado su clamor”***, nos invita a que estemos atentos a la situación crítica en la que vivimos. La crisis económica actual pone en evidencia una profunda crisis de valores morales.

Sin embargo, como nos dice el ***Mensaje*** de la Iglesia española en este ***Día de la Caridad***:

“Los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren, son a la vez gozos y esperanzas, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo. Nada hay verdaderamente humano que no encuentre eco en su corazón

Desde que estalló la crisis financiera, un número creciente de hombres y mujeres afectados por la situación social y económica está llamando a las puertas de nuestras

Cáritas, de las parroquias, congregaciones religiosas y otras instituciones eclesiales. En ellos hemos escuchado el clamor de las víctimas y hemos podido descubrir los nuevos rostros de la pobreza.

Ellos nos hacen experimentar como propios los sentimientos de nuestro Dios cuando dice ante su pueblo oprimido por el Faraón y sufriente bajo los despiadados capataces que controlan su suerte: ***“He visto la opresión de mi pueblo en Egipto, he oído sus quejas contra los opresores, me he fijado en sus sufrimientos”*** (Ex 3, 7).

El dinero deja de ser un medio de servicio de la persona y del desarrollo social cuando se convierte en el centro de la sociedad del ***“tener”***. La dignidad de la persona es el valor que ha entrado en crisis cuando no es la persona el centro de la vida social y económica.

Cuando el tener se convierte en fin en sí mismo ya no es el ser humano y la vida humana en sí misma, sino, el confort, la calidad de vida, o el tener unos determinados genes, lo que ocupa el corazón del hombre.

Por eso, al celebrar el día del Corpus Christi, debemos rendir homenaje al Señor con aquello que -bien lo sabemos- es lo que verdaderamente le agrada y espera de nosotros, su Mandamiento nuevo: la caridad fraterna.

“Amaos los unos a los otros como Yo os he amado. En esto conocerán que sois mis discípulos”

Nuestra vida cristiana, sin gestos de fraternidad, se queda sin brillo. Nuestra aclamación a Jesús, sin la ayuda a los más necesitados, es un grito a medias.

Nuestra procesión del Corpus Christi, sin nuestro recuerdo y limosna a favor de los más pobres, es un camino incompleto; una piedad sin referencia a nuestros hermanos más necesitados es en el fondo una devoción vacía..

Juntos como hermanos

Queridos hermanos, en el sacramento eucarístico Cristo viene. Viene con nosotros en la procesión, paseando por las calles de nuestra ciudad, para decirle a Jerez que sin Él no es posible alcanzar la verdad humana.

No somos nosotros los que acompañamos a Cristo por nuestras calles, sino más bien es Él quien nos acompaña por los caminos de nuestra historia. El Señor en la custodia, rodeado de la fidelidad y del cariño de los suyos, nos comunica que se compromete con nosotros. Que avanza a nuestro lado. Que no vive de espaldas a nuestras pesadumbres.

El Señor, antes de marchar al cielo, nos dijo ***“Id”***. Desde entonces, los cristianos, hemos aprendido que no nos podemos detener. El Señor nos aguarda en el horizonte; nos espera en el compromiso activo y sin límites en pro de un mundo mejor.

Por eso mismo, al mirar en este día la custodia, pletórica de vida portando el Cuerpo de Cristo, no podemos menos que sentir esa Presencia divina que nos reanima, que nos hace valientes y nos alienta a dar razón de nuestra esperanza en un mundo vacío de Dios.

La festividad del Corpus Christi nos da fuerza para seguir adelante. Al acompañar a Jesús Eucaristía en solemne procesión, nos comprometemos más con su causa. Manifestamos públicamente que somos de los suyos. Que su mensaje de vida y amor no queda bloqueado ni atrincherado, en las cuatro paredes de una catedral o de una parroquia ni permanece infecundo dentro del corazón.

En definitiva, cada vez que celebramos esta fiesta, renovamos con emoción y con firmeza lo que el sacramento encierra: Dios está aquí y es ***“la fuente y la cumbre de nuestra vida cristiana”***.

Que el señor nos ayude; ayude a todas las familias a transmitir este mensaje a la nueva generación. Se lo pediremos hoy -que aumente nuestra fe y nuestra caridad- a Quien se quiso quedar con nosotros en este sagrado Misterio de la Eucaristía

Confesamos ahora nuestra fe..

+ ***José Mazuelos Pérez***
Obispo de Asidonia-Jerez